

Bajo el título "Torreagüera", "Torreagüerenses que dejaron huella", se presentaba este verano el libro escrito por Gabriel Ibáñez Martínez, en el Centro Cultural de esta población; localidad que tanto ha significado para el espíritu de los hombres cantonalistas del S. XIX, y de quienes todavía sueñan con rescatar esas huellas de identidad antiguas, refiriéndonos a las personas que componen ese ejemplar colectivo, altruista y sacrificado, dedicado a defender con ahínco y pasión el concepto de tradición y costumbre de una forma de hablar, representado en la L'Ajuntaera.

Nuevamente un hombre, amante y orgulloso de su tierra natal, Gabriel Ibáñez Martínez, hombre ejerciendo la enseñanza desde muy joven, amante de las cosas positivas, después de compartir publicaciones con otros autores, se atrevió a confeccionar un documento literario, que comprende toda la investigación histórica de Torreagüera, incluida la más antigua y profunda; acompañada con las biografías de hombres insignes de su pueblo, marcando muy alto el futuro horizonte de conocimientos de este pequeño territorio geográfico.

En su inicio expresa su profundo agradecimiento, a cuantos han colaborado en la confección del texto, como de quienes ha recibido documentación, información, dibujos y fotografías.

A continuación el prólogo de Dña. Marisa López Soria, correctamente tratado e inteligentemente expuesto, asumiendo el espíritu que motivó su redacción, es obviamente parcial centrándose en el per-

sonaje, época y filosofía, del período que conformó el histórico episodio cantonal, como intento frustrado de toma del poder por parte de la pequeña burguesía; ignorando—quizá a propósito, o por no disponer en el momento de escribir este exordio, la totalidad del libro—, unos capítulos deliciosos, que comienzan por la ubicación geográfica, entre dibujos y planos, para después pasar por el clima, vegetación, población y economía. A continuación nos introduce en su historia, descrita con iniciada pericia de investigador, desde un yacimiento argárico, próximo al núcleo urbano, hasta llevarnos al día de la fecha, sin omitir los albores de la población, donde presume, con la hipótesis, de que existe un asentamiento prehistórico, sin excavar. Posteriormente explica la adaptación, sobre lo que pudo ser el poblamiento en la Baja Edad Media. También se describe la Alta Edad Media y la influencia de Torres vigías con el nombre propio de este, y sus conocidas leyendas al respecto. Además repasa los Siglos XVI al XIX, vistos al amparo de datos de investigación a los que accede, próximos al origen de la Historia de Murcia, recogidos en Bibliografía y Archivos en los que se basa, a lo largo del libro; que es una forma de llevar, por extensión, nuestro rico legado, principalmente a los escolares y estudiantes que deseen continuar, el día de mañana, con este magnífico trabajo realizado por Gabriel.

Las Biografías, muy interesantes, están cultivadas con esmero y admiración, donde vuelve a resucitar el cariño y respeto del autor, en cada secuencia contada sobre

sus queridos paisanos: D. Antonio Gálvez Arce; D. Fulgencio Jiménez Jiménez; D. José Alegría Nicolás y D. Manuel Antón Escudero Gálvez.

Una obra literaria que aunque escrita con cierta vehemencia y apasionamiento, que interfiere en una precisión lingüística, exigida para este tipo de relatos –cuyo elemento sintáctico hace referencia con frecuencia a algo ajeno asimismo–, no cabe

duda que, sin embargo, consigue una transmisión de pensamiento óptimo, utilizando la palabra escrita adecuada, como inmejorable y valiosísima consecución del fin determinado, produciendo una sensible recepción, al demostrar que ha puesto toda su alma y corazón. Libro que cualquier interesado o enamorado de Torreagüera, debe disponer en su biblioteca particular.

EN MEMORIA DE DON MANUEL JORGE ARAGONESES

F. Saura Mira

Vale en este momento recordar una entrañable figura, la del erudito y amigo, la del personaje que supo entroncar perfectamente con Murcia y su huerta, con sus cosas, su raigambre y su etnología, alma del Museo etnológico de la Huerta de Murcia. Personaje de gran enjundia intelectual y de sencillez envidiable; supo, en el tiempo que le cupo estar en Murcia, granjearse la amistad de intelectuales, investigadores, artistas y amigos incondicionales.

Al enterarnos de su fallecimiento en Madrid no podemos más que entristecernos por tan sensible pérdida, por lamentar este suceso que es irreparable y que ha repercutido en el ámbito cultural de la nación.

¡Adiós amigo Aragoneses, en verdad que siento desde aquí tu ausencia, la dignidad con la que trabajabas desde los ángulos vidriosos de la arqueología y la etnología, aún presiento aquella época de tu

estancia en la ciudad como director del Museo de Bellas Artes y de tu garra como informador de las cosas de Murcia y su entorno, del compromiso por todo lo que atañe a la cultura y su defensa, desde la piedra blasonada que se encontraba apartada en un rincón de casona huertana hasta la acuarela de un pintor que se iniciaba en su técnica!

Nos conocimos más a fondo cuando yo ostentaba personalmente la dirección del Museo huertano, en los años ochenta, a veces venía de Madrid a colaborar en alguna materia museística y charlábamos sobre el Museo y su futuro. Tenía grandes ideas y una lucidez apoteósica sobre la marcha de los museos; su significado, su génesis, orientación y desenvolvimiento.

Pluma fértil y erudita en cuantos asuntos tocaba sobre arte o museística, lega a la ciudad una serie de obras de gran envergadura en relación con el arte decorativo, la mueblística huertana, guía de mu-